

tendeis, ya no las entiendo, ni sé lo que os queréis decir? Antes dicen aqui, y muy bien, que esta diferencia hay de esta divina ciencia á las demas, que en las demas ciencias, antes de alcanzarlas es menester entender primero los términos; pero en esta no entenderéis los términos hasta haberla alcanzado. En las demas, precede la teórica á la práctica; pero en esta ha de preceder la práctica á la teórica.

Y mas digo, que no solamente no se puede declarar esta oracion, ni enseñar á otros; pero ni vos mismo os habeis de querer poner en ella, ni levantaros á ella, si Dios no os levanta y os pone y sube á ella; porque seria gran soberbia y presuncion, y mereciades perder la oracion que teneis y quedaros sin nada. "Entróme el rey en la bodega de sus vinos," dice la Esposa en los Cantares (1). Aquel entrar Dios al alma en su retrete para tratar tan familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor; no se entró la esposa, no, sino el esposo la tomó por la mano, y la entró allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca, no es cosa que vos podeis ni debeis hacer si él no os levanta, que seria grande atrevimiento; y asi, no se atreve á eso la Esposa, que mas vergonzosa y mas humilde es que eso, sino pide al Esposo que él dé á ella este ósculo (2). Como si digera, dice San Bernardo (3): "yo no puedo por mis fuerzas llegar á ese amor y á esa union y contemplacion tan alta, sino él me la dá á mí;" él por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar á este ósculo de la boca, á esa altísima oracion y contemplacion, si él fuere servido que la tengamos: no es esta cosa que nosotros podemos enseñar, ni en que

(1) Introduxit me in cellam vinariam. Cant. II, 3.  
(2) Osculetur me osculo oris sui. Cant. I, 1.  
(3) Serm. 12 ex parvis.

nosotros nos podemos ni debemos poner.

CAPITULO V.

Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oracion.

Estas dos maneras de oracion que hemos dicho, nos declara maravillosamente el Espíritu Santo en el capitulo treinta y nueve del Eclesiástico. Dice allí del varon sabio, que interpreta la Iglesia el justo: "Entregará su corazon á velar muy de mañana delante del Señor que lo crió, y orará delante del Altísimo (1)." Pone primero la oracion ordinaria, levantarse há de mañana, que es tiempo acomodado para la oracion y célebre en la Escritura (2). ("Por la mañana me presentaré á ti. Previneme con tiempo y oré. Previnieronse mis ojos á tí muy de mañana para meditar en tus palabras. Desde el amanecer velo en tu presencia."). Dice: á velar; porque va á estar alerta, no á dormirse y hacer almohadilla de la oracion. ¿Qué mas? Entregará su corazon á la oracion. No está allí solamente con el cuerpo, y el corazon en el negocio, lo que llaman los Santos, cordis somnolentia; un corazon desmazelado y flojo es grande impedimento para la oracion, porque este impide la reverencia que se debe tener para tratar con Dios. Y ¿qué es lo que causa esta reverencia en el justo? El considerar que estoy en la presencia de Dios, y que voy á hablar con aquella tan grande Magestad, eso hace estar con reverencia y atencion. Esta es la preparacion y disposicion con que tenemos de ir á la oracion. Pero veamos qué oracion es la que hace el

(1) Cor suum tradet ad vigilandum diluculo ad Dominum, qui fecit illum, et in conspectu Altissimi deprecabitur. Eccles. XXXIX, 6.  
(2) Mane astabo tibi.—Praeveni in maturitate, et clamavi.—Praevenerunt oculi mei ad te diluculo, ut meditarer reliquia tua.—Ad te luce vigilo. Ps. V, 5; Ps. CXVIII, 147; Ps. CXVIII, 148; Ps. LXII, 1.

justo. "Abrirá su boca en la oracion y comenzará pidiendo á Dios perdon de sus pecados (1)," y confundiéndose y arrepintiéndose de ellos. Esa es la oracion que nosotros tenemos de hacer de nuestra parte, llorar nuestras culpas y pecados, y pedir á Dios misericordia y perdon de ellos. No nos tenemos de contentar con decir: "ya hice una confesion general al principio de mi conversion, y entonces me detuve algunos dias en llorar y arrepentirme de mis pecados." No es razon que en confesando nos olvidemos de los pecados, sino que procuremos traerlos siempre delante de los ojos; conforme á aquello del Profeta: "Mi pecado está siempre contra mí (2)," esto es, delante de mí. Dice muy bien San Bernardo (3) sobre aquellas palabras: "Nuestro lecho es florido (4);" "vuestro lecho, que es vuestro corazon, aun está todavía hediondo, que no se ha acabado de quitar el mal olor de los vicios y resavios que trajistes del mundo, ¡y teneis atrevimiento para convidar al Esposo á que venga á él, y queréis ya tratar de otros ejercicios altos y levantados de amor y union con Dios, como si fuerades perfecto! Tratad primero de limpiar y lavar muy bien vuestro lecho con lágrimas (5) y de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso convidareis al Esposo á que venga á él, como lo hacia la Esposa. Tratad del ósculo de los pies, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados; y del ósculo de las manos, que es de ofrecer á Dios vuestras buenas obras, y procurar recibir de sus manos las verdaderas y sólidas virtudes; y es otro tercer ósculo de la boca, esa union altísima, dejadla

(1) Aperiet os suum in oratione, et pro delictis suis deprecabitur.  
(2) Et peccatum meum contra me est, semper (id est, coram me). Ps. L, 4.  
(3) Lectulus noster floridus. Cant. I, 15.  
(4) Bernard. serm. 46. super Cantica.  
(5) Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. Ps. VI, 7.

para cuando el Señor sserae vido de levantaros á ella. De un Padre muy antiguo y muy espiritual (1) se dice que se estuvo veinte años en estos ejercicios de la vida purgativa, ¡y nosotros luego nos cansamos y nos queremos subir al ósculo de la boca y á ejercicios de amor de Dios! Es menester buen fundamento para levantar tan alto edificio, y hay en este ejercicio, fuera de otros muchos bienes y provechos de que diremos despues (2), que es un remedio muy grande y una medicina muy preservativa para no caer en pecado; porque el que anda continuamente aborreciendo el pecado, y confundiéndose y doliéndose de haber ofendido á Dios, muy lejos está de cometerle de nuevo. Y por el contrario, advierten los Santos que la causa de haber caido algunos, que parecian muy espirituales y hombres de oracion y por ventura lo eran, ha sido por falta de este ejercicio, porque se dieron de tal manera á otros ejercicios y consideraciones suaves y gustosas, que se olvidaron del ejercicio de su propio conocimiento y de la consideracion de sus pecados, y asi vinieron á asegurarse demasiado de sí mismos y á no andar tan temerosos y recatados como debieran, y con eso vinieron á caer en lo que no debieran; porque se olvidaron presto de su bajeza, cayeron de la alteza que parecia que tenían. Pues por esto conviene que nuestra oracion por mucho tiempo sea llorar nuestros pecados; como dice el Sábio, hasta que el Señor nos dé la mano, y nos diga: "Amigo, sube mas arriba (3)."

Ahora veamos cuál es la oracion alta y especialísima que el Señor dá cuando él es servido. Dice luego: "Si el Señor grande quisiere, llenarlo ha de su espíritu de inte-

(1) P. Dr. Araoz.  
(2) Trat. 8, cap. 21; y p. 2. trat. 7, cap. 4.  
(3) Amice, ascende superius. Luc. XIV, 10.

ligencia (1).” Si el quisiere, porque no es este juro de heredad, sino gracia muy liberal y muy graciosa. Estareis en la oracion, y acaese venir una luz del cielo, un relámpago con que caeis en la cuenta, y cobrais aprecio y estima de lo que antes no entendiad: ese es el don de oracion: ¿cuántas veces habiades pasado por eso y no habiades reparado en ello como ahora? Llámale espíritu de inteligencia, porque no parece sino una aprehension simple, segun está el hombre de quieto y sosegado con aquella luz. Acontece acá encontrarse uno con una imagen muy perfecta y muy acabada y estársela mirando un gran rato sin pestañear y sin discurrir, con un contento y con una suspension y admiracion grande que no se harta de mirarla; de esa manera es esta oracion y contemplacion alta y levantada. O por mejor decir, es al modo de la que tienen los bienaventurados viendo á Dios. La bienaventuranza consiste en la vista y contemplacion de Dios (2), y estaremos allí absortos y embebecidos viendo y amando á Dios para siempre jamás, con una simple vista de aquella Magestad de Dios, gozando de su presencia y de su gloria, sin discurrir ni cansarnos jamás de estarle mirando; antes siempre se nos hará nuevo aquel cantar y aquel divino Maná, y estaremos como con una nueva admiracion. Pues á ese modo se tiene acá esta alta y perfecta oracion, y la que llaman contemplacion, cuando el Señor es servido de darla, que nunca se harta uno de estarse mirando y contemplando á Dios, sin discurrir ni cansarse, sino con una simple vista. Y dice: *Llenarlo há*; porque es tan abundante y tan copiosa esta gracia, que rebosa y no cabe en vaso tan estrecho. Y añade luego lo que de aquí se sigue: “Y él arrojará como aguaceros las palabras de su

(1) Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum. *Eccles. XXXIX, 8.*  
 (2) *Apoc. XIV, 3.*

sabiduría (1).” De aquí vienen luego los coloquios; este es el tiempo propio para hablar con Dios cuando el alma está movida, enseñada y levantada con aquella luz y sabiduría celestial. Y así, nuestro Padre en este tiempo dice que se han de hacer los coloquios. Hallándonos movidos espiritualmente, pasemos á los coloquios (2). Nótese mucho aquella palabra: *Movidos*; después que nosotros nos habemos ayudado del discurso de nuestras potencias, meditando y considerando; cuando la meditacion ha inflamado ya el corazon y nos sentimos movidos para ello, entonces es el tiempo de los coloquios y trato familiar con Dios, y de las peticiones y despachos; porque la oracion, que sale del corazon ya tocado de Dios, esa es la que oye él y la que halla buen despacho con su Magestad; porque, como dice San Agustin (3), cuando Dios mueve á pedirle, es señal que quiere dar lo que se pide. Esta es la oracion especialísima que Dios dá á quien él es servido. Si el Señor, que es grande y poderoso, quiere (4), fácilmente podemos tener esa oracion alta y aventajada.

Pero si el Señor no fuere servido de levantarnos á tan alta oracion como esa, dice San Bernardo que no por eso nos habemos de afligir ni desmayar, sino habémosnos de contentar con el ejercicio de las virtudes y con que nos conserve el Señor en su amistad y gracia, y no nos deje caer en pecado. «Ojalá, decia (5), sea el Señor servido de

(1) Et ipse tanquam imbres mittet eloquia sapientiae suae, et in oratione confitebitur Domino. *Eccles. XXXIX, 9.*  
 (2) Occurrente nobis spiritali motu, ad colloquia veniamus. S. P. N. Ignatius lib. *exercitiorum spiritualium in repetiti. 1 et 2 exercitii primae hebdomadae.*  
 (3) Aug. de *Verbis Dom. Serm. 5 et 23.*  
 (4) Si enim Dominus magnus voluerit, spiritu intelligentiae replebit illum. *Eccles. v.*  
 (5) Utinam detur mihi pax, bonitas, gaudium in Spiritu Sancto, misereri in hilaritate, tribuere in simplicitate, gaudere cum gaudentibus, flere cum fletibus, et his contentus ero.—Caetera sanctis Apostolis virisque Apostolicis derelinquo. *Bernard. serm. 46 super Cant.*

darme paz, bondad, gozo en el Espiritu Santo, misericordia, simplicidad y caridad con los prójimos, que con esto me contentaré. Esotras contemplaciones altas quédense en buena hora para los Apóstoles y para los grandes Santos. “Los montes altos para los ciervos, la piedra es el refugio de los herizos (1).” Esos montes altos de contemplacion sean para aquellos, que con ligereza de ciervos y de gamos corren á la perfeccion: yo que soy herizo lleno de espinas, de faltas y pecados, acogereme á los agujeros de aquella Piedra (2), que es Cristo, para esconderme en sus Llagas y lavar mis culpas y pecados con la Sangre que sale de ellas, y esa será mi oracion. Pues si el glorioso S. Bernardo se contenta con el ejercicio de las virtudes, y dolor y contricion de los pecados, y deja esotra oracion especialísima para los varones Apostólicos y para los grandes Santos, á quienes el Señor se la quisiere comunicar, razon será que nosotros tambien nos contentemos con esto, y que sea nuestro ejercicio en la oracion dolernos y confundirnos de nuestros pecados, y atender á mortificar nuestras pasiones y á desarraigar los vicios y malas inclinaciones, y á vencer todas las repugnancias y dificultades que se nos pueden ofrecer en el camino de la virtud; y esotra oracion especialísima y aventajada, dejémosla para cuando el Señor fuere servido de llamarnos y levantarnos á ella. Y aun entonces, cuando nos parece que somos llamados á eso, es menester estar muy recatados y muy sobre aviso, porque suele haber en esto muchos engaños. Algunas veces piensa uno que le llama Dios á esa oracion por no sé qué dulzura y suavidad ó facilidad que siente en el ejercicio del amor de Dios; y no le llama,

(1) Montes excelsi cervis, petra refugium herinacis. *Psal. CIII, 18.*  
 (2) *I. ad Cor. X, 4.*  
 B. del C., tomo XIV.—I.—EJERCICIO DE PERFECCION Y VIRTUDES CRISTIANAS.—T. I,

sino se sube y entremete, porque le engaña el demonio, y le ciega para que deje lo que ha menester y no haga nada, ni aproveche en uno ni en otro. Dice muy bien un gran Maestro de espíritu: así como sería poca cordura que indiscretamente se asentase á la mesa del Rey sin su mandamiento y licencia aquel á quien el mismo Rey le hubiese encomendado que asistiese á ella y le sirviese; así hace muy mal y descomedidamente aquel que se quiere entregar del todo al ocio dulce de la contemplacion, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello (1). Y San Buenaventura dá en esto un consejo muy bueno. Dice (2) que se ejercite uno en lo que es seguro y provechoso, que es en estirpar de sí los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes; porque este es un camino muy llano y muy seguro, en el cual no puede haber engaño, sino que mientras mas tratare uno de la mortificacion, humillacion y resignacion, mas agrada á Dios, y mas merecerá delante de él; y en esotros modos esquisitos y extraordinarios, dice San Buenaventura, suele haber muchos engaños y muchas ilusiones de el demonio, porque muchas veces piensa uno que es de Dios lo que no es de Dios y que es mucho lo que es nada. Y así esto se ha de examinar por aquello, y no aquello por esto; la cual es comun doctrina de los Santos, como luego veremos.

CAPITULO VI.

En que se declara y confirma mas esta doctrina. Para mayor confirmacion y declaracion de esta doctrina, advierten aquí los Santos y maestros de la vida Espiritual, que para venir á aquella oracion y contemplacion alta

(1) Ludovic. Blotius in *speculo spiritali*, c. 11.  
 (2) Bonav. de *progr. Relig.*, c. 20.

que decíamos, es menester mucha mortificación de nuestras pasiones, y fundarse uno primero muy bien en las virtudes morales y ejercitarse mucho tiempo en ellas; y si no, dicen que será en vano pretender entrar en esa contemplación y hacer profesión de ella. Dicen (1): «Conviene seas luchador Jacob antes que Israel que vé á Dios y que dice: yo ví al Señor cara á cara.» Primero es menester que seais luchador muy fuerte y vengais vuestras pasiones y malas inclinaciones si quereis llegar á aquella unión íntima con Dios. Dice Blosio (2) que el que quiere llegar á un grado muy excelente del divino amor, y no procura con gran diligencia corregir y mortificar sus vicios y desechar de sí el desordenado amor de las criaturas, es semejante al que estando cargado de plomo y de hierro, y teniendo atadas las manos y los pies, quiere subir á un árbol muy alto; y así avisan á los maestros de espíritu que antes que traten de esta contemplación á los que enseñan, les han de hacer que traten primero de mortificar muy bien todas sus pasiones, y de adquirir los hábitos de las virtudes, de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, y que se ejerciten mucho en eso; lo cual llaman ellos vida activa, que ha de ser primero que la contemplativa; porque por falta de esto, muchos que no fueron por estos pasos, sino que se quisieron subir á la contemplación sin orden, despues de muchos años de oración se hallan muy vacíos de virtud, impacientes, airados, soberbios, que en tocándoles en algo de esto, luego vienen á reventar con impaciencia en palabras desordenadas con que descubren bien su imperfección é inmortificación. Lo cual

(1) Oportet, ut prius sis Jacob luctans quam Israel Deum videns, ac dicens: vidi Deum, facie ad faciem (Genes. XXXII, 30). Gregor. lib. 7 Mor. c. 27.—Bernard. serm. 40 super Cant.—Isidor. lib. 3, cap. 15.—S. Thom. 2-2, q. 182, art. 3, et Cajet. ibi.  
(2) Blosius in tabula spiritali, addit. 1.

declaró muy bien nuestro P. general Everardo Mercuriano en una carta que acerca de esto escribió, por estas palabras: «Muchos, mas con falta de discreción que con deseo de ir adelante, oyendo decir que hay otro ejercicio de oración mas alto de amor de Dios, de unos actos anagógicos, de no sé qué silencio, se han querido subir al ejercicio de la vía unitiva antes de tiempo, oyendo decir que es ejercicio mas heróico y mas perfecto, y que con él se vencen los vicios y alcanzan las virtudes mas fácil y suavemente; y porque se subieron á eso antes de tiempo, han perdido en eso mucho tiempo, y han andado poca tierra, y al cabo de muchos años se hallan tan vivos en sus pasiones, tan enteros en sus aficiones, tan amigos de su regalo, como si ningun trato ni comunicación tuvieran con Dios: tan enteros en su propia voluntad, tan difíciles en sujetar su propio juicio, cuando los superiores han querido disponer de ellos en lo que á ellos no les agradaba, ó no era segun su dictámen, como el día primero. Y la causa de esto es, porque quisieron volar antes de tener alas; saltaron y atrancaron el camino, y no fueron por los pasos que habian de ir; no se fundaron primero en la mortificación, ni en el ejercicio de las virtudes; y así, sin fundamento, no pudieron edificar buen edificio: fabricaron sobre arena y así faltan al mejor tiempo.»

Para que se vea cuán verdadera y cuán comun y general es esta doctrina, esto es lo que dicen comunmente los Santos, cuando ponen aquellas tres partes ó tres maneras de oración, segun las tres vías que llaman purgativa, iluminativa y unitiva, que es doctrina sacada de San Dionisio Areopagita, y de él la tomó San Gregorio Nacianceno y todos los demas que tratan de cosas espirituales. Dicen y convienen todos en esto, que antes de tratar de esta oración

tan alta y tan encumbrada, la cual corresponde á la vía unitiva, habemos de tratar de lo que pertenece á la vía purgativa é iluminativa. Primero es menester ejercitarnos en el dolor y arrepentimiento de los pecados, y desarraigar de nosotros los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes, imitando á Cristo en quien resplandecen, porque si quisiésemos pasar adelante sin eso, seria sin fundamento, y así siempre quedaríamos mancos, como el que quiere pasar á la clase de mayores sin haberse fundado bien en la de menores, y subir al escalon postrero sin pasar por el primero.

CAPITULO VII.

De la oración mental ordinaria.

Dejada aparte la oración especialísima y extraordinaria, pues no podemos enseñar ni declarar lo que es, ni de la manera que es, ni está en nuestra mano tenerla, ni nos la manda Dios tener, ni nos pedirá cuenta de eso; trataremos ahora de la oración mental ordinaria y comun, que se puede en alguna manera enseñar y alcanzar con trabajos y consejos ayudados de la gracia del Señor. Entre las demas mercedes y beneficios que nos ha hecho el Señor en la Compañía, ha sido este muy particular que nos ha dado el modo de oración que habemos de tener, aprobado por la Sede Apostólica, en el libro de los Ejercicios Espirituales de nuestro P. San Ignacio, como consta del Breve que está al principio de ellos, en el cual, la Santidad de Paulo III, despues de haberlos hecho examinar con mucha exacción, los aprueba y confirma diciendo ser muy útiles y saludables, y exhorta mucho á todos los fieles que se ejerciten en ellos. Nuestro Señor comunicó á nuestro Padre este modo de oración, y él nos le comunicó á nosotros con el mismo orden que nuestro Señor se

le comunicó á él. Y así habemos de tener grande confianza en Dios que por este camino y modo, que él nos ha dado, nos ayudará y hará mercedes; pues con él ganó á nuestro Padre y á sus compañeros, y despues acá á otros muchos, y ahí le comunicó el modo y traza de la Compañía, como él lo dijo; y no hemos de buscar otros caminos, ni otros modos extraordinarios de oración, sino procurar amoldarnos al que ahí tenemos, como buenos y verdaderos hijos.

En el ejercicio de las potencias, que es el primero de los ejercicios, nos enseña nuestro Padre el modo que se ha de tener en la oración y en todos los demas ejercicios. Y es que en cualquier punto que tomaremos entre manos, habemos de ir ejercitando las tres potencias de nuestra ánima, memoria, entendimiento y voluntad. Lo primero, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oración; y luego entrar con el entendimiento discurrendo, meditando y considerando aquellas cosas que mas nos ayudaren para mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos de la voluntad. Y esto tercero es lo principal y en lo que habemos de parar, porque ese es el fin de la meditación y el fruto que se ha de sacar de todas las consideraciones y discursos del entendimiento. Todo eso se ordena para mover la voluntad al deseo de lo bueno y aborrecimiento de lo malo. Por esto se le dió á este ejercicio ese nombre de las tres potencias, por ser el primero en que se nos enseña este modo de oración; porque en lo demás, en todos los ejercicios siguientes se han de ejercitar tambien las tres potencias de la ánima como en este.

Este modo de oración que nos enseña aquí nuestro Padre, y usa la Compañía, no es singular, ni con invenciones acomodadas á

ilusiones, como lo son algunos otros; antes es modo muy comun y muy usado de los Padres antiguos y muy conforme á la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y por razon se gobierna y con razon se persuade, convence y rinde; y por consiguiente, es mas fácil, mas seguro y fructuoso. De manera, que no habemos de estar en la oracion á modo de dejados, ó alumbrados, sin hacer nada, que seria ese engaño y error grande, sino habemos de llamar allí á Dios mediante el ejercicio de nuestras potencias y cooperar juntamente con él; porque quiere Dios cooperacion de sus criaturas, y esto es lo que nos enseña nuestro Padre en el libro de los ejercicios. Otros modos que hay de oracion, quitando el discurso, usando de negaciones, con ciertos silencios, tomados de la mística teología, comunmente no deben enseñarse, ni aun buscarse, como dijimos arriba (1); y gente nueva, que no tiene mucho hecho en el conocimiento de sus pasiones y ejercicio de virtudes, puesta en estos modos particulares, está sujeta á ilusiones y engaños, y cuando piensan que tienen algo ganado, se hallan con todas sus pasiones enteras, las cuales con aquel cebo y gusto de la oracion estaban como adormecidas, y despues despiertan con mucho peligro; y tambien en estos modos retirados y particulares, se cria una dureza de juicio, disposicion para cualquier engaño; y así la temia nuestro S. P. Ignacio, porque decia que comunmente los tales tenian algo de esto.

Digo, pues, que lo primero que habemos de hacer en la oracion, en cualquier punto que tomáremos, ha de ser poniendo con la memoria delante el punto ó misterio sobre el cual queremos tener oracion, entrar con el entendimiento meditando y discurrendo por él, y luego se han de se-

(1) Cap. 4, y 5.

guir los afectos de la voluntad. De manera, que la memoria propone, y luego ha de entrar el discurso y meditacion del entendimiento, porque ese es el fundamento de donde han de manar todos los actos y ejercicios que hacemos en la oracion, y en virtud de eso se hace en la oracion todo lo demas. La razon de esto está clara en buena filosofía; porque nuestra voluntad es una potencia ciega que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya delante. Nada es querido sin ser antes conocido (1). Esa es máxima comun de los filósofos; no puede querer cosa la voluntad que no haya pasado primero por el entendimiento, que es el paje de hacha que va delante alumbrando la voluntad y guiándola, y descubriendo lo que ha de querer ó aborrecer. Y así dice San Agustín: «Lo que no se ha visto se puede amar; pero no, lo que no se conoce (2).» Y San Gregorio dice: «Nadie puede amar lo que del todo ignora (3).» Bien podemos amar las cosas que no vemos, empero aquello, de lo cual no tenemos algun conocimiento, no lo podemos amar, porque el objeto de la voluntad es el bien entendido; por eso amamos y queremos alguna cosa, porque la aprendemos por buena y por digna de ser amada; y al contrario, por eso la aborrecemos y huimos de ella, porque la juzgamos y aprendemos por mala y por digna de ser aborrecida. Y así, cuando queremos que uno mude su voluntad y propósito, persuadimosle con razones y procuramos de convencerle el entendimiento que aquello que quiere hacer no conviene, ni es bueno, y que lo otro es lo mejor y lo que le conviene para que así deje lo uno y abraze lo otro. De manera, que el acto y discurso del en-

(1) Nihil volitum, quin praecognitum.  
 (2) Invisa diligit posse; incognita, nequaquam. *August. lib. 10. de Trinil., c. 4.*  
 (3) Nemo potest diligere quod prorsus ignorat. *Greg. hom. 36 super Evangelia.*

tendimiento es fundamento para los demas actos y ejercicios que hacemos en la oracion, y por eso es tan necesaria la meditacion; lo cual iremos declarando mas en los capitulos siguientes.

CAPITULO VIII.

De la necesidad de la meditacion.

Hugo de San Victor dice (1) que no puede ser perfecta la oracion si no precede ó la acompaña la meditacion. Y es doctrina de San Agustín, el cual dice que la oracion sin meditacion es tibia. Pruébalo muy bien, porque si uno no se ejercita en conocer y considerar su miseria y flaqueza, andará engañado y no sabrá pedir en la oracion lo que le conviene, ni lo pedirá con el calor que conviene. Muchos por no conocerse, ni considerar sus faltas, andan muy engañados y presumen de sí lo que no presumieran si se conocieran, y así tratan en la oracion otras cosas diferentes de las que han menester. Pues si quereis saber orar y pedir á Dios lo que os conviene, ejercitaos en considerar vuestras faltas y miserias, y de esa manera sabreis lo que habeis de pedir, y considerando y entendiendo vuestra grande necesidad, pediréislo con calor y como lo habeis de pedir, como lo hace el pobre necesitado que conoce y entiende bien su necesidad y pobreza. San Bernardo, tratando que á la perfeccion no habemos de subir volando sino andando, dice (2) que el andar y subir á la perfeccion ha de ser con estos dos pies, meditacion y

oracion; porque la meditacion nos muestra lo que nos falta, y la oracion lo alcanza; la meditacion nos muestra el camino, y la oracion nos lleva allá. Finalmente, con la meditacion conocemos los peligros que nos cercan, y con la oracion nos escapamos y libramos de ellos. De aqui viene á decir San Agustín (1) que la meditacion es principio de todo bien; porque quien considera cuán bueno es Dios en sí, y cuán bueno y misericordioso ha sido para con nosotros, cuánto nos ha amado, cuánto ha hecho y padecido por nosotros, luego se enciende en amor de tan buen Señor; y quien mira bien sus culpas y miserias, viene á humillarse y tenerse en poco; y quien considera cuán mal ha servido á Dios, y lo mucho que le ha ofendido, siéntese digno de cualquier pena y castigo; y de esta manera, con la meditacion se viene á enriquecer el alma de todas las virtudes.

Por esto se nos encomienda tanto en la Sagrada Escritura la meditacion. «Bienaventurado el varon que medita de dia y de noche en la Ley del Señor», dice el profeta David. «Ese tal será como árbol plantado junto á las corrientes de las aguas que dará mucho fruto (2).» Esos son los que le buscan de todo corazon, y eso les hace que le busquen (3). Y así, esto pedia el profeta á Dios para guardar su Ley (4). Y por otra parte dice: «Si no fuera por la meditacion ordinaria que tengo en vuestra Ley, ya por ventura hubiera perecido en mi humildad (5);» esto es, en mis aprietos y traba-

(1) Intellectus cogitabundus est principium omnis boni. *Agustin.*  
 (2) Et erit tanquam lignum quod plantatum est secus decursus aquarum, quod fructum suum dabit in tempore suo. *Ps. 1, 3.*  
 (3) Beati qui scrutantur testimonia ejus, in toto corde exquirunt eam. *Ps. CXVIII, 2.*  
 (4) Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo. *Ps. CXVIII, 92.*  
 (5) Nisi quod lex tua meditatio mea est, tunc forte periissem in humilitate mea. *Ps. CXVIII, 92.*

(1) Hugo de Sancto Victore, tract. de laud. orationis.  
 (2) Nemo repente fit summus, ascendendo, non volando, apprehenditur summitas scalae. Ascendamus igitur velut duobus quibusdam pedibus meditatione, et oratione; meditatio siquidem docet quid desit; oratio, quod desit, obtinet. Illa viam ostendit, ista dedit. Meditatione denique agnoscimus imminetia nobis pericula; oratione evadimus. *Bernard. serm. 1. de Sancto Andrea.*

jos (como declara San Gerónimo); y así una de las mayores alabanzas que ponen los Santos de la meditacion y consideracion, ó la mayor, es, que ella es una grande ayudadora de todas las virtudes y de todas las buenas obras. Es, dice Gerson (1) hermana de la leccion, ama de la oracion, guia de la obra, perfeccionadora y juntamente consumadora de todas las cosas.

Para que por el un contrario se acabe de conocer mejor el otro, una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo, es la falta de consideracion; conforme á aquello del profeta (2): "Desolada con desolacion está toda la tierra, porque ninguno hay que piense de corazon." La causa por que está tan asolada la tierra en lo espiritual, y hay tantos pecados en el mundo, es porque apenas hay quien éntre dentro de sí y se pare á pensar y revolver en su corazon los misterios de Dios. Porque, ¿quién se atreveria á cometer un pecado mortal si considerase que murió Dios por el pecado y que es tan grande mal que fué menester que se hiciese Dios hombre para que de todo rigor de justicia satisficiese por él? ¿Quién se atreveria á pecar si considerase que por un solo pecado mortal castiga Dios con infierno para siempre jamás? Si se pusiese uno á pensar y á ponderar aquel: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (3);" aquella eternidad, aquel para siempre jamás y mientras Dios fuere Dios ha de arder en los infiernos, ¿quién habria que por un deleite de un momento escogiese tormentos eternos? Decia Santo Tomás de Aquino (4) que una cosa no podia él entender, cómo era posible

(1) Soror lectionis, nutrix orationis, directrix operis, omniumque pariter perfectio, et consumatrix existens. Gers.

(2) Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitat corde. Jerem., XII, 4.

(3) Discedite a me, maledicti, in ignem aeternum. Matth., XXV, 41.

(4) In Hist. Ordin. Sancti Dominici, p. 1, l. 3, c. 37.

que el que estaba en pecado mortal se pudiese reir y tener contento. Y tenia mucha razon, porque sabe de cierto que si se muriese se iria al infierno para siempre jamás, y no tiene seguro un momento de vida. Estaba el otro en banquetes y en grandes músicas y regocijos (1), y porque tenia sobre la cabeza una espada desnuda colgada de un hilo, estaba temblando cuando caeria, y nada le daba gusto; ¿qué será al que le amenaza, no solamente la muerte temporal, sino la eterna que depende de un hilo de la vida que se puede caer allí muerto de repente, y acostarse bueno y sano y amanecer en el infierno? Un siervo de Dios decia á este propósito, que le parecia á él que en la república cristiana no habia de haber mas de dos cárceles, una de la santa Inquisicion y otra de locos: porque ó cree uno que háy infierno para siempre jamás para el que peca, ó no; si no lo cree, llévenle á la Inquisicion por herege; si lo cree, y con todo eso se quiere estar en pecado mortal, llévenle á la casa de los locos; porque ¿qué mayor locura puede ser que esa? No hay duda sino que si uno considerase con atencion estas cosas, le seria gran freno para no pecar. Por eso procura el demonio con tanta diligencia impedirnos esta meditacion y consideracion. Lo primero que hicieron los filisteos (2) en cogiendo á Sanson, fué sacarle los ojos; así el demonio eso es lo primero que procura con el pecador; ya que no le puede quitar la fé, procura que de tal manera crea como si no creyese, que los que ven no vean, y los que oyen no oigan ni entiendan (3); procura que no considere lo que cree ni repare en ello mas que si no lo creyese; ciérrale los ojos, que es lo mismo para él, porque así como no aprovecha na-

(1) Damocles apud Cicer. Tusc. 5.

(2) Judicum XVI, 21.

(3) Ut videntes non videant, et audientes non audiant, neque intelligant. Matth., XIII, 13.

da abrir los ojos si estais en lo oscuro, porque no vereis nada; así, dice San Agustín (1), no aprovechará nada estar en lo claro si tenéis cerrados los ojos; porque tampoco vereis nada. Pues por esto es de tanta importancia la meditacion y oracion mental que hace abrir los ojos con meditacion y oracion mental. De un bien y provecho grande que tenemos de sacar de la meditacion y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella. Muy bueno es ejercitarnos en la oracion en afectos y deseos de la voluntad; de lo cual trataremos luego; pero es menester que esos afectos y deseos vayan bien fundados en razon, porque el hombre es racional y quiere ser llevado por razon y por via de entendimiento. Y así, una de las cosas principales á que se há de ordenar y enderezar la meditacion, ha de ser para quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Y este ha de ser uno de los frutos principales que tenemos de procurar sacar de la oracion. Y débese notar mucho este punto, porque es muy principal en esta materia; y especialmente á los principios es menester que se ejercite uno mas en esto para que vaya bien fundado y enterado en las verdades. Pues para que mejor podamos sacar esto de la meditacion y sea ella de mucho fruto, es menester que no se haga superficialmente ni de corrida, ni muerta, y flojamente, sino con viveza y con mucha atencion y reposo. Habis de meditar y considerar muy despacio y con mucho sosiego la brevedad de la vida y la fragilidad y vanidad de las cosas del mundo, y cómo con la muerte se acaba todo,

para que así menospreciéis todas las cosas de acá y pongais todo vuestro corazon en lo que ha de durar para siempre. Habis de considerar y ponderar muchas veces cuán vana cosa es la estima y opinion de los hombres, que tanta guerra nos hace, pues no os quita ni os pone nada ni os puede eso hacer mejor ni peor, para que venga á menospreciarla y á no hacer caso de eso, y así de todo lo demás. De esta manera se va uno desengañando y convenciendo y resolviendo en lo que le conviene, y se va haciendo hombre espiritual. "Se sentará solitario y callará, porque se levantó sobre sí (1)." Vase levantando sobre sí y va cobrando un corazon generoso y menospreciador de todas las cosas del mundo, y viene á decir con San Pablo: "Lo que antes tenia por ganancia tengo ahora por pérdida, y por estiercol por ganar á Cristo (2)." Hay mucha diferencia de meditar á meditar, y de conocer á conocer, porque de una manera conoce el sábio una cosa y de otra el simple é ignorante; el sábio conoce la cosa como ella es de verdad, mas el simple conoce solamente la apariencia de fuera. Como una piedra preciosa, si la halla una persona simple, codiciála por el resplandor y hermosura exterior de ella, y no por otra cosa, porque no conoce su valor; mas el lapidario sábio, que halla la tal piedra preciosa, codiciála mucho, no por el resplandor y hermosura de fuera, sino porque conoce bien el valor y virtud de ella. Pues esa es la diferencia que hay del que sabe meditar y considerar los Misterios divinos y las cosas espirituales al que no sabe, que este mira las cosas superficialmente y como por de fuera, y aunque le parecen bien por el lustre y resplandor que en ellas ve, no se mue-

(1) Sedebit solitarius, et tacebit, quia levavit super se. Threnor. III, 48.

(2) Propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificam. Ad Phil., III, 8.

(1) August. sup. Ps. XXV, prope finem.